

¿Globalización o democracia?

Francisco Alburquerque,
Consultor internacional en Desarrollo Económico Local
5 de mayo de 2012

El principal argumento a favor de la globalización financiera es que permite ayudar a las empresas a conseguir recursos de financiación externa, redistribuyendo así el riesgo entre mayores inversores.

Después de haber mostrado un rápido crecimiento durante décadas, en 1997 las economías de los Nuevos Países Industrializados Asiáticos dejaron de ser un destino preferido por parte de los bancos e inversores internacionales. Se produjo entonces una precipitada retirada de fondos que hizo desplomarse a dichas economías. Esta crisis se extendió posteriormente a Rusia, Brasil y Argentina. Las supuestas ventajas de la globalización financiera no funcionaron. Sin un marco regulador apropiado, las economías se ven sometidas a la lógica de un gran casino, igual que ahora sucede con el continuado ataque de “los mercados” a varias de las economías de la eurozona.

Por otra parte, la crisis de las hipotecas de alto riesgo, que se desencadenó en Estados Unidos a partir de 2008 y que arrastró a buena parte de los países de la eurozona, vino a evidenciar aún más los peligros de la desregulación financiera internacional. Ante esta crisis los gobiernos tuvieron que intervenir, tanto en EEUU como en Europa, para rescatar a las instituciones financieras. El pensamiento conservador predominante, siempre presto a criticar el intervencionismo estatal, no dijo entonces nada. Sin embargo, dicha intervención del Estado (con el dinero de los contribuyentes) se orientó solamente a salvar a los grandes bancos. No hubo un comportamiento equivalente con las principales víctimas de la crisis, esto es, las personas que habían sido embaucadas para suscribir las hipotecas.

La crisis financiera desencadenada en 2008 suscitó, sin embargo, en un primer momento, consideraciones relevantes acerca de la sostenibilidad del capitalismo actual. Los medios de comunicación se han ocupado posteriormente de llevar ese debate a la trastienda y así estamos, de nuevo, planteando el regreso del mismo tipo de crecimiento económico insostenible y especulativo, sin que se hayan tomado medidas suficientes para controlar la especulación financiera, sustituir el Fondo Monetario Internacional, o eliminar los paraísos fiscales.

La globalización financiera y la supuesta autorregulación de los mercados no son, pese a todo, la única área cuestionada a nivel internacional. En julio de ese mismo año de 2008, las negociaciones de la Ronda de Doha organizadas en la Organización Mundial de Comercio fracasaron definitivamente ante la negativa de los países en desarrollo, liderados por China y la India, de retirar sus aranceles sobre la industria y la agricultura. A ello se suma la crisis medioambiental subyacente, relegada públicamente ante la crudeza de la crisis financiera internacional. Para un observador atento, sin embargo, la continuidad del modelo de producción y consumo predominante es ambientalmente insostenible. No es posible seguir pensando en un modelo basado en una explotación intensiva de recursos y materiales en un mundo finito, en el cual las señales de alerta se extienden a la propia capacidad de la biosfera para regenerar los equilibrios básicos del ecosistema (cambio climático). La crisis se ha convertido así en una crisis de propuestas y de alternativas ante un modelo agotado e insostenible.

Como recuerda Dani Rodrik en su reciente libro *“La paradoja de la globalización. Democracia y futuro de la economía mundial”* (2012), el mundo ya conoció otra crisis de la globalización cuando el patrón oro y la libertad de comercio y de capitales tuvieron su final en 1914 para abandonarse

definitivamente tras la Primera Guerra Mundial. Los acuerdos de Bretton Woods de 1945 definieron entonces un multilateralismo que dejó libertad a los gobiernos nacionales para llevar a cabo una política económica independiente y construir sus propios modelos de desarrollo. De este modo, tras la Segunda Guerra Mundial, la reconstrucción económica en Europa y el fomento del desarrollo en los países que recién alcanzaron su independencia, se basó en la convicción de que ello requería procesos de industrialización y planificación económica con fuerte presencia del sector público. Nadie en condiciones normales de talento, hubiera defendido entonces que eso lo hacían los mercados libremente. La génesis de los estudios sobre la *Economía del Desarrollo* como materia separada de la rígida e ideológica interpretación convencional de la economía neoclásica tiene en ese momento su punto de auge.

Esta situación fue alterada de forma paulatina a medida que el capital financiero fue ganando movilidad internacional y cuestionando las reglas establecidas en Bretton Woods. Poco a poco se fue evidenciando el desequilibrio entre el alcance nacional de los gobiernos y la naturaleza transnacional (global) de los movimientos de capital financiero internacional, que fueron imponiendo una creciente desregulación. A partir de la década de 1980 la desregulación económica y financiera se dotó de una agenda mucho más ambiciosa (Consenso de Washington) en una impresionante cruzada contra la presencia del Estado en la economía y a favor de la privatización de aquellos sectores en los que esta presencia resultaba estratégica, pero que estaban llamados a ser la base de importantes niveles de beneficios privados monopólicos: la telefonía, el suministro de energía, el abastecimiento de agua potable, los transportes, y la banca pública, entre otros, fueron así expoliados o “expropiados” a la soberanía nacional y ciudadana.

La globalización financiera ha acabado así por alumbrar una crisis desoladora en lugar de abrir ilusiones de crecimiento económico y empleo. Incomprensiblemente, desde el gobierno estatal se defiende ante la crisis un recetario de ajuste y austeridad que no ofrece ninguna salida y, sobre todo, que olvida la propia historia del capitalismo real existente, confundiéndola con la presencia política coyuntural de los diferentes gobiernos, como si ellos explicaran los procesos.

Los países que eligieron otra vía (China, India o Brasil, entre ellos) no creyeron en las supuestas ventajas de la globalización y en lugar de abrirse de forma incondicional al comercio y las finanzas internacionales, adoptaron estrategias de carácter mixto, con fuerte presencia del intervencionismo estatal para diversificar sus economías, tal como lo hicieron en sus inicios los propios países desarrollados. Por el contrario, los países que siguieron las recetas neoliberales, como el caso de la Argentina de Menem, se vieron arrastrados por la crisis y tuvieron que comenzar de nuevo. Hoy tratan de recuperar parte de los recursos estratégicos que les fueron expoliados en aquellos años de privatización a ultranza.

Como señala Rodrik, construir un mundo económico sobre una base más segura requiere una buena comprensión del frágil equilibrio entre mercados y gobernanza. De un lado, es preciso reconocer que los mercados y los gobiernos se complementan, no se sustituyen. Mejores mercados necesitan más y mejor gobernanza, esto es, Estados más fuertes. De otro lado, no existe una sola vía de desarrollo capitalista. La prosperidad y estabilidad económica pueden lograrse mediante distintas combinaciones institucionales o formas de organizar los mercados de trabajo, las finanzas, las reglas de gobierno de las empresas, la educación y la sanidad, etc. Las naciones pueden escoger entre esas opciones dependiendo de sus necesidades y sus valores.

Estas ideas tienen enormes consecuencias para la globalización y la democracia. Para Rodrik, si se quiere impulsar todavía más la globalización, hay que renunciar en parte a la nación Estado o a la política democrática. Y si se quiere conservar y profundizar la democracia, hay que elegir entre

nación Estado e integración económica internacional. Se puede pensar sobre la posibilidad de avanzar tanto en democracia como en profundización de la globalización. Pero ello requeriría la creación de una comunidad política global con reglas globales y mecanismos de responsabilidad mucho más complejos que los actuales. Dadas las fuertes diferencias existentes entre naciones y territorios es difícil pensar en una solución de ese tipo. Rodrik no se esconde a la hora de señalar su opinión. Para él, tanto la democracia como la autodeterminación nacional deben primar sobre la hiperglobalización. Según señala textualmente, “las democracias tienen derecho a proteger su organización social, y cuando este derecho interfiere con los requisitos de una economía global, es esta última la que debe dejar el paso”. El reforzamiento de la democracia puede dar a la economía mundial una base más segura para su funcionamiento. Esto es lo que Rodrik llama “la paradoja de la globalización”, un libro cuya lectura creo hoy indispensable.